

BIPARTIDISMO Y CULTURA POLÍTICA

Víctor Meza

El bipartidismo, al igual que la arcaica cultura política que le es inherente, se niega a desaparecer. En su prolongada agonía, intenta reciclarse y reacomodar su funcionamiento en las corrientes de la nueva dinámica política que recorre el escenario nacional. Vano intento, al menos por ahora.

La crisis política que se ha creado en torno a la selección y la elección de los magistrados que habrán de integrar la “nueva” Corte Suprema de Justicia, se ha convertido en el mejor ejemplo para mostrar la relación que existe entre esa vieja cultura bipartidista y los amplios espacios en que se mueven también nuevos actores en la vida nacional. Acostumbrados al reparto sin fisuras, al arreglo extraparlamentario en tertulias privadas o en reuniones de socios, los viejos protagonistas del agonizante bipartidismo intentan aplicar el antiguo método para gestionar y controlar el novedoso sistema. Viejo método y nuevo sistema, contradicción inevitable, desencuentro seguro.

Al aplicar la vieja metodología de la distribución de cuotas y el arreglo cupular, los dirigentes políticos tradicionales olvidan o ignoran algo esencial: la nueva geografía electoral creada por los votos depositados en las urnas en las más recientes elecciones generales. Geografía que refleja la dolorosa transición del bipartidismo agotado al multipartidismo naciente. Un cambio esencial en el sistema político que, como es inevitable, tiene su seguro reflejo en el ambiente legislativo. Y que, por supuesto, no podría dejar de manifestarse en una coyuntura tan importante como la que supone la selección y elección de otro Poder del Estado.

Y aquí está, entre otras, una de las raíces más profundas de la crisis: el choque, la confrontación o divorcio, entre una cultura que privilegia la distribución proporcional y bilateral del Poder Judicial, por un lado, mientras enfrente se está conformando un sistema que demanda la participación de nuevos actores y un reparto más equitativo y “despartidizado” de las cuotas de influencia. Es la antigua colisión entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que muere y lo que nace o, mejor dicho, entre un esquema bipartidista que no acaba de morir y un modelo político que no termina todavía de surgir a plenitud. Contradicción ineludible, tantas veces repetida en la historia de la humanidad y tantas veces ignorada por los actores sociales y políticos.

Cuando escuchamos a los dirigentes políticos tradicionales, verdaderos sobrevivientes del bipartidismo agonizante, exigir el reparto a cuatro manos de los altos cargos de la Corte Suprema de Justicia, se escucha también a lo lejos, como en un eco perdido, el reclamo nostálgico, impotente, altanero y desafiante, para que todo vuelva a ser como antes, para que nada cambie, para que el mundo, su reducido y mezquino mundo, siga igual.

Y en su empecinamiento por desafiar la lógica de la historia, los políticos tradicionales no vacilan en acudir a todos los métodos y procedimientos que son consustanciales a la vieja cultura política de la que, a veces sin saberlo, han sido y siguen siendo prisioneros. Acuden con enfermiza obsesión al mecanismo simple de comprar voluntades, atraer a los espíritus débiles con el acariciante aroma del dinero, convirtiendo así al Congreso Nacional en una especie de bolsa de valores en donde siempre acaba prevaleciendo el “quien da más” o, en este caso, también el “quien pide más”.

De esta forma, la vieja cultura bipartidista acaba sustituyendo las reglas de la política por las reglas del mercado, en un curioso y lamentable proceso de privatización paulatina de la legítima actividad política y social. Es la reconversión del espacio político en plaza de mercaderes, la gradual y lamentable mercantilización de la necesaria lucha por el bien común.

Eso es, en buena medida, lo que estamos viendo en estos días, a medida que evoluciona y se contorsiona la crisis política que tiene como escenario propicio el Congreso Nacional. Ojalá que al final, al margen del desenlace que tenga, esta crisis pueda servir para alertar a la sociedad sobre los riesgos y desafíos que presenta el agonizante bipartidismo en sus desesperados intentos por reciclarse y cobrar nuevo aliento. ¡Ojalá!